

## CAPÍTULO V

### EJEMPLOS TÍPICOS

El cuerpo mental de un salvaje está ilustrado en *El Hombre Visible e Invisible*. En cuanto a los colores, éstos son los mismos; el cuerpo mental coincide bastante bien con el cuerpo astral en estado de reposo; pero es también algo más que esto, por cuanto en aquel aparece todo cuanto espiritual e intelectualmente se ha desarrollado en el hombre. Esto no será mucho, en el caso del salvaje, pero será de la mayor importancia, como veremos más adelante.

Observando tal cuerpo, en detalle, notamos en la parte más alta un amarillo opaco, que indica algo de intelecto; aunque lo barroso del color muestra que ese intelecto se emplea exclusivamente para fines egoístas.

La devoción indicada por el azul-gris, debe ser adoración de fetiches, en gran parte matizada de temor, y fomentada por consideraciones de propio interés. El carmesí barroso sugiere el comienzo de afectos que deben ser principalmente egoístas también.

La franja de color naranja opaco indica orgullo; pero de muy bajo orden. Una larga lista escarlata expresa fuerte tendencia a la ira, la cual estallará a la más ligera provocación.

La ancha franja de verde sucio, que ocupa una gran porción del cuerpo, muestra engaño, traición y avaricia; esta última cualidad está indicada por el tinte marrón. En la parte inferior del aura, aparece una especie de depósito de color barroso, lo cual sugiere egoísmo general y ausencia de toda cualidad deseable.

En una persona sin desenvolvimiento, el cuerpo mental contiene muy poca materia mental, está desorganizada, y tal materia es de la subdivisión más baja del plano. Está actuado casi enteramente por los cuerpos inferiores, pues lo ponen en vibración los paroxismos emocionales del cuerpo astral. Cuando no está estimulado por esas vibraciones astrales, permanece casi inmóvil; aun bajo tales impulsos, es tardío en responder.

Por lo tanto, cuanto más violentos son los golpes, mejor es para el progreso del individuo; los placeres ruidosos y desordenados, la ira, el dolor, el terror y otras pasiones, causan remolinos en el cuerpo astral sacuden la conciencia mental, la cual añade entonces algo propio a las impresiones que recibo de afuera.

El hombre vulgar utiliza material del subplano séptimo, el más bajo, únicamente; como ésta está muy cerca del plano astral, todos los pensamientos del individuo están coloreados por reflejos del mundo astral o emocional. Pocas personas pueden, todavía, actuar en el sexto subplano; los grandes hombres de ciencia utilizan gran cantidad de materia de este subplano; pero, desgraciadamente, con frecuencia la mezclan con la del subplano más bajo y, entonces, sienten celos de los descubrimientos e inventos de otros. La materia del quinto subplano está más libre de la posibilidad de ser mezclada con la astral. El cuarto subplano, por estar inmediato al cuerpo causal, está muy alejado de la posibilidad de ser contaminado por las vibraciones astrales.

En la Lámina IX, frente a la página 96 de la obra citada, se ilustra el cuerpo mental de un hombre vulgar. En él se ven mayores porciones de intelecto (amarillo), amor (rosa) y devoción (azul); se nota también un marcado mejoramiento en la calidad de los colores, los que aparecen mucho más limpios. Aunque la porción de orgullo es tan grande como en el anterior, es ahora de orden superior; el hombre se siente orgulloso de sus buenas cualidades, en vez de envanecerse de su fuerza bruta o de su crueldad. Persiste una buena porción de color escarlata, indicando propensión a la ira; el verde es decididamente mejor, indicando versatilidad y adaptabilidad, en vez de engaño y astucia.

En el salvaje, el verde está más bajo en el aura; se encuentra debajo del escarlata, debido a que las cualidades que representa necesitan, para expresarse, una clase de materia más tosca que el escarlata de la ira.

En el hombre vulgar, el verde está más arriba que el escarlata, en el aura, indicando que la clase de materia que necesita es menos tosca que la requerida por el escarlata de la ira. Es decir, que ha habido un mejoramiento en la calidad general de la materia en el cuerpo mental.

Aunque aparece en el aura, todavía, una gran porción del marrón del egoísmo, el color es un poco más cálido y menos sucio que en el caso del salvaje. Por otra parte, el cuerpo mental del hombre vulgar es de mayor tamaño, muestra cierto grado de organización, y contiene alguna cantidad de materia de los subplanos sexto, quinto y cuarto del plano mental.

Lo que ocurre con el físico y astral, ocurre también con el mental; el ejercicio lo aumenta, el desuso lo atrofia y finalmente lo destruye. Cada vibración en el cuerpo mental ocasiona un cambio en su constitución echando fuera toda materia que no pueda vibrar en simpatía, reemplazándola con materiales adecuados, atraídos del depósito, prácticamente ilimitado del ambiente.

La Lámina XXII, frente a la página 122 del mencionado libro, ilustra el cuerpo mental de una persona evolucionada. De éste han desaparecido completamente el orgullo (naranja), la ira (escarlata), y el egoísmo (marrón); los colores restantes se han extendido hasta llenar el entero óvalo, han mejorado también en tono, dando una impresión muy diferente. Como ha desaparecido todo pensamiento del yo, los colores son más refinados y delicados. Además, en la cumbre del aura aparece un color violeta puro tachonado de estrellas de oro, indicando la adquisición de nuevas y superiores cualidades, o sea, aspiración espiritual.

El poder de lo alto, que irradia a través del cuerpo causal del hombre evolucionado, actúa también a través del cuerpo mental, aunque con algo menos fuerza.

Salvando la diferencia entre la que podemos llamar octavas de color, es decir, entre los matices más bajos y los más elevados del plano mental, el cuerpo mental del hombre evolucionado es casi una reproducción del cuerpo causal; de la misma manera que el cuerpo astral es casi una copia del cuerpo mental, es el grado más bajo.

De manera que, el cuerpo mental de un hombre evolucionado es un reflejo del causal, por cuanto el hombre ha aprendido a responder a los impulsos del Yo Superior, únicamente, y a guiarse en sus razonamientos por ellos exclusivamente. En efecto, el color que expresa una cierta cualidad en el causal se expresa, no sólo en el mental, sino hasta en el astral; el color, sin embargo, será menos delicado, menos luminoso y etéreo, a medida que descienda a los planos inferiores.

En un hombre evolucionado espiritualmente, se han eliminado todas las combinaciones más bastas de material mental; de manera que contiene únicamente las variedades más finas de materia de las cuatro subdivisiones inferiores del mental; además, los materiales de los subplanos cuarto y quinto predominan, en gran parte, sobre los de los subplanos sexto y séptimo. El cuerpo mental responde así, a la actuación superior del intelecto a los delicados contactos de las artes superiores ya las puras vibraciones de emociones elevadas. Un cuerpo así se prepara rápidamente para reproducir cada impulso del Hombre real, en el cuerpo causal, el Pensador, el cual puede así expresarse en la materia mental inferior.

Tanto el astral como el mental de un hombre espiritual debieran mostrar constantemente cuatro o cinco espléndidas emociones, a saber: amor, devoción, simpatía y aspiración intelectual, entre otras.

El cuerpo mental (y también el astral) de un Arhat (quien ha recibido la cuarta gran Iniciación) tiene muy poco color característico propio; es la reproducción del cuerpo causal hasta donde las octavas inferiores pueden expresarlo. Posee una atrayente iridescencia rutilante, una especie de efecto opalescente y nacarado, imposible de describir o representar en pintura.

Una persona práctica tiene, generalmente, mucho amarillo en su cuerpo mental; las diversas franjas de color en éste son corrientemente regulares y ordenadas. Posee mucha menos emoción e imaginación que el hombre intuitivo; de consiguiente, en cierto modo, menos poder y entusiasmo; pero, por otra parte, es menos propenso a cometer errores, y cuanto haga será, generalmente bien y cuidadosamente hecho.

Se ha de hacer notar que el hábito científico y ordenado de la mente tiene marcada influencia en la distribución de los colores del cuerpo astral: éstos tienden a disponerse en franjas regulares y las líneas divisorias devienen más precisas.

En el cuerpo mental de un hombre intuitivo hay mucho más color azul; pero los colores son, generalmente, vagos y todo el cuerpo aparece mal regulado. Sufre mucho más que el tipo más estable; pero, a veces, gracias al sufrimiento, progresa mucho más rápidamente.

En el hombre perfecto, como es natural, tanto el resplandor y el entusiasmo, como la estabilidad y la regularidad, tienen su más acabada expresión; sólo es cuestión de cual de tales cualidades se adquiere primero.

Además de las cualidades mencionadas, las cuales se expresan en colores en el cuerpo mental, hay varias: otras, tales como valor, dignidad, alegría, veracidad y otras por el estilo, que están representadas, hablando en general, más por la forma que por el color. Están indicadas por diferencias en estructura del cuerpo mental, o por cambios en la superficie del mismo.

Dentro de los diferentes anillos o zonas de color descritos antes, se pueden ver ordinariamente, estrías claramente marcadas; de manera que muchas cualidades del hombre se pueden juzgar examinando tales estrías.

La posesión de fuerte voluntad, por ejemplo, da al cuerpo mental líneas definidas mucho más parejas. Todas las estrías y radiaciones son constantes, firmes y claramente perceptibles. En cambio, en una persona débil y vacilante la firmeza y fortaleza de línea estarán conspicuamente ausentes; las líneas que separan las diferentes cualidades serán indefinidas y las estrías y radiaciones serán pequeñas, débiles y ondulantes.

El coraje se muestra en líneas firmes y muy fuertemente marcadas, especialmente en la franja naranja, vinculada con el orgullo, y en el brillo tranquilo y constante de los colores, indicadores de cualidades superiores.

Cuando el miedo domina a una persona, todos esos colores se amortiguan y quedan envueltos en una neblina de gris lívido, y las estrías se pierden en una masa temblorosa de palpitante jalea; a causa de que el hombre pierde, momentáneamente, el poder de guiar y dominar sus vehículos.

La dignidad se manifiesta, principalmente, en la misma parte del cuerpo mental en donde se expresa el coraje, pero con firmeza y seguridad serenas, muy diferentes que las líneas del coraje.

La veracidad y la exactitud están representadas muy claramente por la regularidad de las estrías, en la parte del cuerpo mental dedicada a las formas concretas, y por la claridad y corrección de las imágenes que aparecen allí.

La lealtad se muestra en la intensificación, tanto de los afectos como de la devoción, y en la constante formación, en esa parte del ovoide, de figuras de la persona hacia quien se siente la lealtad. En muchos casos de lealtad, afecto y devoción, se crea una fuerte imagen permanente del objeto de tales sentimientos, la cual se mantiene flotando en el

aura del pensador, de manera que, cuando el pensamiento de éste se dirige al objeto querido o adorado, la fuerza que de él fluye fortalece la imagen ya existente, en vez de formar una nueva, como ocurriría normalmente.

El gozo se manifiesta en el brillo y radiación generales, tanto del cuerpo mental como del astral, y también en un peculiar rizado de la superficie de esos cuerpos.

La alegría o jovialidad general se manifiesta en una modificación del estado anterior, en forma de burbujeo y, también, en una serenidad tranquila, muy agradable de ver .

La sorpresa, por otra parte, se manifiesta como encogimiento del cuerpo mental, acompañado de aumento de brillo de las franjas de los afectos, si la sorpresa es agradable; si es desagradable, el color cambia, apareciendo ordinariamente una buena porción de marrón y gris, en la parte baja del ovoide. Este encogimiento se comunica casi siempre a los cuerpos astral y físico. Con frecuencia, causa sentimientos singularmente desagradables, que afectan, a veces, al plexo solar (produciendo decaimiento y enfermedad); otras veces, afectan al centro cardíaco, en cuyo caso produce palpitaciones y hasta la muerte. Una sorpresa repentina puede llegar a matar a una persona de corazón débil.

La reverencia, es lo mismo que admiración, sólo que va acompañada de profundos cambios en la parte devocional del cuerpo mental; la cual, usualmente, se expande bajo tal influencia y tiene estría más fuertemente marcadas.

El pensamiento místico y la presencia de facultades psíquicas están indicados por colores, de los cuales no tenemos equivalentes en el plano físico.

Cuando el hombre emplea alguna parte de su cuerpo mental, dirigiendo con fuerza su pensamiento a uno o varios de los canales antes mencionados, el cuerpo mental, no sólo vibra en ese momento más rápidamente, haciendo brillar más los colores, sino que la porción del mismo, que corresponde al pensamiento, se expande, temporariamente, y aumenta de tamaño, perturbando, por el momento, la simetría del ovoide.

En muchas personas, tal abultamiento es permanente, lo cual significa siempre, que los pensamientos de esa clase aumentan constantemente. Por ejemplo, si una persona se dedica a algún estudio científico y, de consiguiente, dirige sus pensamientos en esa dirección con más frecuencia que antes, el primer efecto será una protuberancia como la descrita. Pero si mantiene la cantidad de sus pensamientos científicos en el mismo nivel que ha adoptado, la porción protuberante decrecerá gradualmente, hasta restablecer el delineamiento general del ovoide; pero la franja de color correspondiente se hará más ancha que antes.

Sin embargo, si el interés de la persona en temas científicos adquiere constantemente mayor fuerza, la protuberancia se mantendrá, aunque la franja se ensanche; de esta manera, se puede dañar al cuerpo mental a causa de la especialización dando lugar a un desenvolvimiento desigual; pues se desarrolla excesivamente en algunas partes, y proporcionalmente menos en otras regiones, quizá igualmente importantes. Se ha de buscar un desenvolvimiento armonioso y proporcionado en todos sentidos, para lo cual se necesita un auto-análisis sereno, para dar dirección precisa a los medios de alcanzar los fines buscados. Esta cuestión la trataremos más extensamente en otro capítulo.

Ya hemos mencionado el movimiento incesante de la materia del cuerpo mental; el mismo fenómeno ocurre en el caso del cuerpo astral. Cuando, por ejemplo, el cuerpo astral es perturbado por una emoción repentina, toda la materia del mismo es agitada como por un violento vendaval, de manera que, por el momento, todos los colores quedan muy mezclados; luego, sin embargo, a causa de la gravedad específica de las diferentes clases de materia, se vuelven a distribuir en sus zonas habituales. Aún entonces, la materia no queda en manera alguna en reposo, pues las partículas van de un lado a otro en esas zonas, aunque pocas abandonan su franja para introducirse en otras.

Este movimiento dentro de las respectivas zonas es saludable; en efecto: la persona en la cual no ocurre tal circulación es un crustáceo mental, incapaz de crecimiento mientras no rompa su concha. La actividad de la materia en cualquier zona determinada aumenta en proporción a la cantidad del pensamiento dedicado al tema del cual esa zona es la expresión.

Las perturbaciones en el cuerpo mental son similares a las del astral, y son igualmente desastrosas en sus efectos. Así, si el hombre permite que algún problema le preocupe mucho y le da vueltas constantemente en su mente, sin llegar a una conclusión, crea una especie de tormenta en su cuerpo mental; quizá sería mejor decir que crea un punto doloroso en dicho cuerpo, algo así como una irritación causada por fricción.

Una persona discutidora tiene su cuerpo mental en estado de perpetua inflamación, la cual puede convertirse en úlcera abierta a la más ligera provocación. Para tal persona no hay esperanza de progreso oculto, hasta que ponga equilibrio y sentido común en su condición enfermiza.

Si una persona permite que su pensamiento se estanque en un asunto dado, el estancamiento se reproducirá en la materia adecuada. De esta manera, al dejar que el pensamiento sobre tal asunto se asiente y solidifique, producirá congestión, la cual aparecerá como prejuicio. Se forma así un remolino en el que la materia gira y gira, hasta que se coagula y se convierte en una especie de verruga. Hasta que tal verruga se desgaste, o sea desarraigada a la fuerza, el hombre no puede utilizar esa parte del cuerpo mental, y es incapaz de pensar razonablemente sobre el asunto.

La impura masa endurecida obstaculiza todo libre movimiento hacia afuera o hacia adentro; impide al hombre, por una parte, ver con exactitud y recibir nuevas impresiones útiles sobre el asunto en cuestión y, por otra parte, no puede enviar ningún pensamiento claro con respecto al mismo.

Estos puntos enfermos en el cuerpo mental son, desgraciadamente también centros de infección; de consiguiente, la incapacidad de ver con claridad aumenta y se extiende. El estancamiento en una parte del cuerpo mental, es probable que sea también causa de estancamiento en otras partes. De manera que, si una persona tiene algún prejuicio sobre alguna cuestión, probablemente desarrollará prejuicios sobre otras; por cuanto, se ha detenido el sano flujo de la materia mental y se ha formado el hábito de falta de verdad.

El prejuicio religioso es el más común y el más grave de todos; impide completamente todo pensamiento racional sobre la cuestión. Un gran número de personas tienen inactiva la entera parte que debiera estar ocupada por cuestiones religiosas; esa parte está osificada y llena de verrugas, al punto que es imposible para ellos el concepto más rudimentario de lo que es, realmente, la religión, hasta que ocurra un cambio catastrófico.

En general, podemos repetir que en los hombres mejores de las razas más avanzadas de la época presente, el cuerpo físico está plenamente desarrollado, y regularmente bajo control; el cuerpo astral está también completamente desarrollado, pero el control no es, en manera alguna, perfecto; el cuerpo mental está en proceso de evolución, pero su desarrollo está muy lejos de estar completo. Falta mucho para que estos tres cuerpos queden enteramente subordinados al Alma. Cuando esto ocurra, el yo inferior habrá sido absorbido por el Yo Superior, y el Ego, o Alma, regirá al hombre. En un hombre así no se producirán conflictos entre los diversos cuerpos; aunque no será perfecto. Sus diferentes vehículos estarán tan armonizados que perseguirán un sólo objetivo.